

yaron de suerte que parecía verse en manos de la muerte, y, por evitar el notorio peligro que les amenazaba, determinaron desamparar la casa real por no verse despedazados á manos de los caballeros Alabeces, Gazules y Abencerrajes; y con un esfuerzo muy crecido acometió al rey Chico con una tropa dellos por no dejarle en poder de sus enemigos, y se salieron del real palacio, dejando á sus espaldas otra gran parte de caballeros que le defendían de sus contrarios. Los del rey Mulahazén los seguían con grande osadía, entendiendo que así era verdad, que tenían socorro. De manera que los unos retirándose y los otros siguiéndolos, unos defendiendo, otros ofendiendo, llegaron á las puertas del Alhambra, las cuales hallaron abiertas, porque las guardias las desampararon visto el alboroto, y bajaron á la ciudad á dar aviso á los Zegries y Gomeles de lo que pasaba, y en la plaza Nueva hallaron algunos dellos, y les dieron relación de todo lo que pasaba en el Alhambra. Y como supieron el caso, á gran prisa subieron á ella; pero llegaron tarde, porque ya estaba el rey fuera de las puertas y toda su gente, y estas muy bien cerradas y puestas las guardias necesarias.

Los Zegries, Gomeles, Mazas y otros caballeros de su parcialidad, como vieron al rey Chico herido en el brazo, y la mayor parte de su guardia destruida, muerta y herida, se escandalizaron y se llevaron al rey Chico al Alcazaba, antigua casa de los reyes, la cual era muy fuerte, y tenía su alcaide y gente de guardia. En esta se aposentó el rey, donde fué curado con gran diligencia, y con la guardia necesaria para su seguridad. Estaba con mucha pena porque había perdido el Alhambra, y con no menos saña procuraba la venganza della contra el rey Mulahazén, el cual estaba muy alegre por ver su Alhambra libre de sus enemigos; y por limpiarla de todo punto, mandó que á todos los cuerpos muertos de los contrarios los echasen por las murallas abajo, y á los de su bando les diesen honrosas sepulturas. En las torres pusieron banderas y estandartes, mostrando mucho contento y alegría, y tocando añafilas y dulzainas. En toda la ciudad se supo cómo el rey Mulahazén quedaba señor del Alhambra, y había desbaratado y herido al rey Chico; con lo cual todos fueron muy regocijados, porque le aborrecían como á la muerte. Quien mas celebró el contento fueron los Abencerrajes, Alabeces, Gazules, Venegas y Aldoradines, y fueron muchos dellos con el valiente Muza á darle el parabién de la victoria, y le ofrecieron de nuevo su ayuda, lo cual les agradeció el rey Mulahazén. Muza procuró paces entre su padre y su hermano, y no era posible, porque era tan grande el odio del rey viejo contra su hijo, que no quiso hacer lo que le pidió Muza, antes dijo que no había de tener contento hasta verle destruido. No quiso porfiar Muza á su padre, por conocer en él que tenía muy presente la muerte de Moraina su hija.

Dejemos á Mulahazén en su Alhambra, y al rey Chico en su Alcazaba siguiendo sus intereses, y tratemos de los Almoradí, Almohades y Marines, linajes muy poderosos y ricos, parientes de la reina Sultana, tan sin culpa presa. Ya se acordará el lector que estos caballeros Almoradí y Almohades se salieron de palacio, amenazando al rey Chico por lo que hacía con su mujer la reina. Pues así como salieron del real palacio, todos se conjuraron contra el rey Chico para matarle, ó á lo menos privarle del reino, porque tan sin causa tenía presa á su mujer. Y asimismo se juntaron contra los Zegries por el testimonio que habían levantado á la reina. Para conseguir mejor su fin, acordaron de trabar estrecha amistad con los Abencerrajes y sus parciales, sabiendo que por esta vía tenían á toda Granada de su bando. Con esta resolución se fueron á casa de un hermano del rey Mulahazén, llamado Abdali, y le hallaron en un aposento, solo y muy triste en ver que no podía remediar aquellas maldades y traiciones que se habían hecho contra los Abencerrajes, y prision de la

reina, y la muerte de Moraina y sus niños; y como entraron en su aposento aquellos caballeros Almoradí, que eran doce y llevaban comisión de todos, se maravilló Abdali y les preguntó qué buscaban. Los caballeros le dijeron que no se recelase, que mas venían en su provecho que no en su daño, que le querían hablar despacio. Abdali los mandó sentar en un estrado muy rico, á su usanza; y estando sentados, uno de los Almoradí le dijo:

«Bien sabes, príncipe valeroso, las grandes insolencias que se hacen en Granada, y las civiles y sangrientas guerras, como aquellas tan memorables de Sila y Mario; y si has mirado, no hay calle que no brote sangre de nobles caballeros; de todo lo cual es la causa tu sobrino el rey Chico, por admitir los malos consejos, pues sin culpa mandó degollar á los Abencerrajes, y por esta causa murieron muchos Zegries, Mazas y Gomeles; y no contento con esto mató á su hermana Moraina y á sus tiernos hijos: que estas cosas no son de rey, sino de un bárbaro, cruel y tirano, sediento de sangre humana, y derramador della. Ahora ha tenido una refriega y trabada pelea con su padre, que ya la sabrás, en la cual han muerto muchos caballeros, y al fin Mahoma fué de la parte de tu hermano; de suerte que ya tu sobrino está desterrado del Alhambra, y se ha apoderado del Alcazaba con favor y calor de los Zegries, Mazas y Gomeles; y nosotros los Almoradí y Almohades le hemos quitado la obediencia, porque sin culpa tiene presa á su mujer la reina Sultana, dejando su honra puesta en manos de la fortuna; mira si no lo hemos de sentir, siendo tan cercana parienta nuestra, y mas viendo cuán tiranamente procede él en la gobernación del reino, y las estorsiones que cada día nos hace á todos; y visto esto nos hemos apartado de su obediencia junto con Marines, Abencerrajes, Gazules, Aldoradines, Venegas y todos los ciudadanos, que morirán porque vivan los Abencerrajes y pase su valor adelante; y considerando que tu hermano es ya viejo, y cansado de las guerras que contra los cristianos ha tenido no puede gobernar como conviene, y que según su naturaleza vivirá poco, y ha de quedar por rey Abdali, nuestro capital enemigo, el cual no hay duda sino que perseverará en lo que ha comenzado, y con mayor violencia por verse solo en el reino, todos hemos determinado que tú seas rey de Granada, pues tu valor lo merece, para que gobiernes el reino en la paz y quietud que todos deseamos, y seamos los caballeros tratados con amigable benevolencia, como de tu bondad se espera. A esto solo hemos venido los doce Almoradí que ves, por comisión dada de todos los caballeros que os hemos referido. Danos respuesta luego, y de no querer admitir el reino lo daremos á Muza, que aunque es hijo de cristiana, lo es de tu hermano, y merece por su valor y esfuerzo ser príncipe del mundo.»

Con esto dió fin el Almoradí á sus razones, aguardando que Abdali respondiese, el cual parando un poco en el caso les dijo: «mucho agradezco, señores caballeros, la voluntad y la oferta que me haceis: la carga que un rey se echa sobre sus hombros es muy grande; las obligaciones son muchas y mis fuerzas son pocas: mi hermano está vivo y con dos hijos; yo no hallo razón concluyente por donde pueda aceptar el favor que me prometéis; además de que, cuando no mirase á las circunstancias dichas, será mover nuevas disensiones, guerras civiles y alboroto. Los mas principales caballeros y toda la ciudad son de parte de mi hermano; no alborotemos mas la tierra, pero sea desta manera: yo sé que mi hermano está mal con su hijo, y al fin de sus días no le dejará el reino, sino á mí ó á uno de mis hijos: hablémosle mañana, diciéndole que ya es viejo, que me dé la gobernación del estado, para que le alivie de tanta carga, y si me da este oficio, con facilidad se podrá hacer lo que me pedis, y al fin dirán que por consentimiento de mi hermano habrá sido.»

A todos les pareció muy bien lo que Abdali respondió,

y tuvieron por buen consejo aquel; y así quedó determinado que el siguiente día se tratase aquel caso con el rey Mulahazén; lo cual se trató con él, yendo para ello muchos caballeros: Abencerrajes, Alabeces, Venegas y Gazules; y estando todos con el rey, un caballero de los Venegas le habló, diciendo: «noticia tenemos, rey Mulahazén, de todos nuestros pasados, de que los reyes de Granada han sido pará con los vasallos benévulos y apacibles, y siempre les han tenido muy crecido amor; lo cual ahora es al contrario, pues tu hijo, en vez de hacer mercedes á sus súbditos, sin ocasionarles quita las vidas. Ya sabrás lo que ha pasado estos días, y el escándalo y alboroto de la ciudad por la muerte de los nobles Abencerrajes, de lo cual han redundado estas guerras civiles, muertes, y desastrosos fines entre los ciudadanos; y sé cierto, que si no se pone remedio, en poco verás tu ciudad despojada, porque todos irán á buscar la paz á las ajenas tierras, pues en la suya no la tienen: nadie se queja de ti, ni hay por qué; pero nos recelamos de tu hijo, que tan mal procede en el gobierno de tu estado; que si ahora que eres viejo nos faltas, y por tu edad la muerte llama, y tu hijo queda por ley, será gran daño de todos; y así querríamos que pusieses un gobernador para que te aliviase la carga de la gobernación, y que, en faltando tú, diesen el reino al gobernador, siendo cual conviene. Por tal elegimos á tu hermano Abdali, y será posible que tuviese enmienda tu hijo, visto que has puesto gobernador; y puesta su enmienda, merecerá tener el reino. A esto solo hemos venido, á darte cuenta de nuestra pretension, lo cual te suplicamos nos otorgues, y en cambio desta merced que te pedimos, si nos lo concedes, te damos palabra, á fe de caballeros hijos-dalgo, de quererte servir y obedecer en todo y por todo mientras vivieres.»

Atento estuvo el rey Mulahazén á las palabras del caballero Venega; y reparando en que las leyes disponen que herede el hijo al padre, en particular siendo reino; y cuando se acordó de la gran desobediencia que su hijo había tenido con él, y los grandes daños que por su causa habían sucedido, y recelándose de otros mayores, acordó de dar contento á estos caballeros, viendo ser justa la petición, y que era en provecho de todos, y así dijo: «que era contento en que su hermano gobernase el reino junto con él; y después de muerto, su hijo Abdali fuera rey, porque debía dársele el reino.» Los caballeros le dieron las gracias por la merced que les había concedido, y dieron á Abdali el parabién de gobernador; y habiendo jurado de hacer lo que se debía en el oficio de la gobernación, y de guardar la lealtad debida á su hermano, al son de muchos instrumentos se le dió el cargo.

Con esto se despidieron del rey todos los caballeros, y acompañaron al gobernador hasta su casa; y luego aquel día mandó pregonar por toda la ciudad, que cualquiera que recibiese algun agravio de otro, que fuese á su casa, y que él satisficiera á cada uno conforme á derecho, guardando á todos justicia. Toda la ciudad se holgó mucho por la elección hecha, porque mediante esto iban quitando las fuerzas al rey Chico. Así se entendió apaciguar la ciudad, y fué echar leña al fuego y alquitrán á la pólvora; porque luego que el rey Chico llegó á saber lo que su padre había hecho, en lugar de enmendarse, hacía mil agravios y desafueros y cosas indecentes, todo confiado en los Zegries, Gomeles y Mazas; y estos linajes se comunicaron acerca de lo que harían, pues había creado Mulahazén coadjutor para el gobierno. Resolvieron en que siguiesen al rey Chico, y persiguiesen á los Abencerrajes, pues tenía poder para uno y otro, y que no desamparasen al rey hasta la muerte; y así le dijeron al rey, que él solo lo sería ó morirían en la demanda; y entendida por el rey Chico esta voluntad de sus valedores, les mandó, que cualquiera persona noble ó plebeya que fuese de la parte del rey su padre ó del gobernador, se la lle-

vara allí, y al momento fuera degollada; y si se defendiese por no ser presa, que la matasen al punto. Por esta causa fueron degollados y presos muchos que hacían la parte del rey Mulahazén; y sabido por él y por Abdali, gobernador, mandaron lo mismo á todos los de su parte. De aquesta suerte había mas matanza cada día que en Roma, en tiempo de las guerras civiles.

La ciudad se dividió en tres opiniones y partes: la una seguía á Mulahazén, y eran los Abencerrajes, Gazules, Alabeces, Aldoradines, Venegas, Azarques, Alarifes y la mayor parte del comun, por el amor que á los Abencerrajes tenían. Al rey Chico seguían Zegries, Gomeles, Mazas, Laugetes, Bencerrajes, Alabeces y otros caballeros. Al gobernador Abdali seguían Almoradí, Almohades, Marines y otros muchos caballeros, por ser estos dos linajes de los reyes de Granada. Desta suerte estaba la desventurada ciudad repartida, y cada día había mil escándalos y muertes. La gente ciudadana, mercaderes, oficiales, ni labradores no se atrevían á salir de sus casas. Los caballeros y gente principal no salían menos de veinte juntos, porque si les acometiesen sus contrarios, pudiesen resistirlos; y si salían seis, ó diez, luego los acometían, prendían y degollaban; y si se defendían, los mataban allí. Con estas violencias y crueldades había cada día llantos, tristeza y pesadumbres.

Había tres mezquitas en Granada, y á cada una acudia su bando. En lo llano de la ciudad había una, donde ahora es el Sagrario, á la cual acudían el rey Chico y sus apasionados. Otra había en el Albaicín, que ahora se llama San Salvador, y á esta acudia el gobernador y su gente. En el Alhambra había otra, que ahora se dice Santa María, donde estaba Mulahazén y los de su bando. Cada uno conocía su distrito y jurisdicción. ¡Oh Granada! ¿Qué desventura fué esta que vino sobre tí? ¿Qué se hizo tu nobleza? ¿Dónde está tu riqueza? ¿Qué se hicieron tus pasatiempos, tus galas, justas y torneos, juegos de sortija, fiestas de San Juan, músicas adornadas y zambras? ¿Adónde están tus admirables juegos de cañas? ¿Qué se hicieron las vistosas libreas de los gallardos Abencerrajes, las delicadas invenciones de los Gazules, las altas pruebas y lijerezas de los Alabeces, los costosos trajes de los Zegries, Mazas y Gomeles? ¿Dónde está todo tu bien y contento? ¿Paréceme que se ha convertido en lágrimas, tristezas, traiciones, muertes, lagos de sangre vertida con crueldad y tiranía. Muchos caballeros ciudadanos desamparaban la ciudad, temerosos de lo que veían. Otros caballeros se iban á sus cármenes y heredades, y de allí los traían á degollar, cosa no vista sino en Roma.

Muza estaba muy enojado viendo aquellas maldades que se hacían por momentos, y procuraba medios para quitar y atajar tal daño; y así él y un linaje de caballeros llamados los Alfaquies, y Sarracino, Reduán y Abenamar andaban de un rey en otro, suplicándoles que viniesen en concierto las enemistades; y como estos caballeros Alfaquies eran muchos, muy ricos y de esclarecida sangre, y no estaban sujetos á ninguna parte apasionadamente, siempre á la obediencia del rey Mulahazén, cada uno de los otros dos bandos deseaba tenerlos por amigos; y así les quisieron dar gusto en dar asiento en aquellos bandos, viendo cada día se menoscababan los caballeros y moradores de la ciudad, así en muertes como en ausencias; y porque Muza había jurado que había de dar muerte á quien no dejase las comunidades, tanto hizo con ayuda de los Alfaquies, Sarracino, Reduán y Abenamar, que vinieron á poner paces entre los caballeros de los bandos, prometiendo que no habría mas crueldades ni muertes, sino que hasta la muerte de Mulahazén cada uno siguiese á su rey sin ser forzado, sino que á su gusto siguiesen al que quisiesen de los dos, y que cada rey conociese y determinase las causas de su jurisdicción, sin entrometerse el un rey con lo que al otro tocase.

El rey Chico pidió que los Abencerrajes cumplieren el tenor de su sentencia, cumplidos los meses que les dió de término. Mulahazén decía que no habían de salir los Abencerrajes de Granada hasta que él fuese muerto. En esto estuvieron discordes algunos días, y era la causa que los Zegries se lo pedían al rey Chico, y todos los demás caballeros contrarios lo defendían. Finalmente, quedó asentado que habían de salir del reino, pues que así lo pidieron los Abencerrajes al rey Mulahazén, porque querían ser cristianos y servir al rey don Fernando, que si no fuera por esta causa, jamás salieran de Granada, porque tenían de su parte al rey viejo y á los mas principales caballeros, y á todo el comun de la ciudad. Mediante las diligencias dichas quedó la ciudad en paz, aunque duró poco, como adelante se dirá. Por estas diferencias se hizo este romance:

Muy revuelta anda Granada,  
En armas y fuego ardiendo,  
Y los ciudadanos della  
Duras muertes padeciendo:  
Por tres reyes que hay esquivos  
Cada uno pretendiendo  
El mando, cetro y corona  
De Granada y su gobierno.  
El uno es Mulahazén,  
Que le viene de derecho;  
El otro es un hijo suyo,  
Que le quiere á su despecho;  
El otro un gobernador  
Que Mulahazén había puesto:

Almoradís y Almohades  
A este le dan el cetro.  
Al rey Chico los Zegries,  
Diciendo que es heredero;  
Venegas y Abencerrajes  
Se lo van contradiciendo.  
Dicen que no ha de reinar  
Ninguno, hasta que sea muerto  
El viejo Mulahazén,  
Pues es vivo, y tiene el reino.  
Sobre estas guerras civiles  
El reino van consumiendo.  
Hasta que el valiente Muza  
En ello puso remedio.

Al fin por Muza, los Alfaquíes, y por Reduán, Sarracino y Abenámbar se apaciguaron las guerras, de suerte que con seguridad se podía andar por la ciudad. Así parece que será bien tratar de la determinación de los Abencerrajes; y fué que un día se salieron á pasear, y con ellos los Alabeces y Aldoradines, y habiéndose consultado entre todos, acordaron de irse á volver cristianos, y servir al rey don Fernando en las guerras que tenía contra Granada; y así, para saber el gusto del rey don Fernando, le avisaron del suyo por esta carta.

«A ti, invictísimo Fernando, rey de Castilla, ensalzador y observador de la fe de Jesucristo, salud, para que con ella defiendas y aumentes tus estados, y tu fe vaya adelante. Nosotros los caballeros Abencerrajes, Alabeces y Aldoradines, besamos tus reales manos, y decimos y hacemos saber, que siendo informados de tu gran bondad, deseamos de irte á servir, pues por tu valor mereces que todos los hombres te sirvan; y asimismo queremos ser cristianos, y vivir y morir en la fe católica que tú y los tuyos profesais y teneis. Para esto queremos saber si es tu voluntad de admitirnos debajo de tu amparo, y que estemos en tu servicio; y haciéndolo así, te damos fe y palabra de servirte bien y lealmente, como fieles vasallos, en esta guerra que tienes contra Granada y su reinado; y te serviremos de suerte, que prometemos darte á Granada en tus manos, y la mayor parte de su reino. En esto haremos dos cosas: la una, servirte á ti como á señor y rey nuestro, y por la otra trataremos de vengar la muerte de nuestros deudos, degollados tan sin razón por el rey Chico, á quien profesamos ya y reconocemos por odioso y mortal enemigo, y deseamos verte debajo de tu obediencia, y verte enseñoreado deste reino, como afirmamos que lo serás poniéndote á ello. Y con esto cesamos, besando tus reales pies.»

«Los Abencerrajes.»  
Escrita esta carta, se la dieron á un cautivo cristiano y con ella libertad, encargándole el secreto; y una noche salieron de Granada con él, y le acompañaron hasta ponerle en seguridad, y le enviaron en paz; el cual con diligencia caminó sin detenerse hasta Talavera, donde estaba el rey don Fernando, y en llegando á su real presencia hincó las rodillas en tierra, y habló, presentes todos los grandes, desta manera: «muy poderoso y católico rey, columna y defensor de la religion cristiana: sabrás, señor, que he estado seis años cautivo en Granada, donde he padecido muchos trabajos, aunque me los alivió Dios nuestro

Señor por las limosnas que un caballero Abencerraje me ha hecho, por el cual y la voluntad de Dios soy vivo y libre; este caballero fué una noche á la mazmorra donde yo estaba, y me trajo á su casa, y me quitó las prisiones y vistióme este traje moro. Salimos aquella noche de Granada él y yo, y otros dos caballeros, y me acompañaron hasta ponerme en tierra de cristianos, y dándome dineros para el camino me dieron esta carta, y me encargaron el secreto, y que la pusiese en tus reales manos. Dios ha sido servido de que llegase á tu real presencia, esta es, cumplido con mi obligacion y promesa.» Y en besándola se la dió al rey don Fernando, el cual la tomó y leyó para sí, y la dió después á Hernando del Pulgar, su secretario, para que la leyese públicamente; y siendo leída, todos los grandes se alegraron grandemente en saber que aquellos caballeros querían ser cristianos y servir al rey en las ocasiones de la guerra contra Granada, porque serian de mucha importancia para la conquista de aquel reino; y habiendo consultado al rey con los suyos, se acordó que respondiesen á la carta; y así que la escribió Hernando del Pulgar, se buscó mensajero conveniente para aquel secreto, y partió de Talavera; y llegando á la ciudad de Granada dió la carta al Abencerraje que dió libertad al cautivo, que se llamaba Ali Mahomat Barrax, el cual recibió la carta, y de secreto hizo juntar á todos los Abencerrajes, Aldoradines y Alabeces, y siendo juntos abrió la carta que decía así:

«Abencerrajes nobles, famosos Aldoradines y fuertes Alabeces, recibimos vuestra carta, con la cual se alegró toda nuestra corte, entendiendo que de vuestra venida no puede resultar cosa dañosa, sino mucha virtud, porque sois de calificada sangre; y en particular nos hemos alegrado y dado infinitas gracias á nuestro redentor Jesucristo, porque os ha traído al conocimiento de nuestra santa fe católica, en la cual seréis del todo mejorados por la virtud della. Decís que nos servireis en las guerras que tenemos contra infieles de nuestra religion; por ello os prometo doblados sueldos, y esta nuestra real casa tendreis por vuestra, porque entendemos que vuestro proceder lo merece. De Talavera, donde al presente quedamos. — El rey don Fernando.»

Grande fué el contento que recibieron todos los caballeros circunstantes, sabiendo la atención y merced que el rey don Fernando se ofrecía á hacerles; y así acordaron de salir de Granada; y para hacer mejor su negocio, determinaron que luego fuesen los Abencerrajes á servir á don Fernando, y que los Alabeces, Aldoradines, Gazules y Venegas quedasen en Granada, dando orden á fin de que se le diese la ciudad y el reino; para lo cual los Alabeces escribieron á sesenta y seis alcaides, parientes suyos, que estaban en fuerzas importantes guardando el reino en el río de Almería y Almanzor, y sierra de Filabres, haciéndoles saber lo que tenían acordado, y lo que le escribieron al rey don Fernando, y lo que les fué respondido. Todos los alcaides estuvieron bien en ello, y no hubo ninguno que lo contradijese, considerando las pesadumbres de Granada, y que en ella había tres reyes, y que cada uno quería mandar, de donde no podía resultar bien ninguno. También escribieron los Almoradís, Venegas y Gazules á parientes suyos, que eran alcaides en el reino, todos guardando el secreto, y alistados para cuando fuese tiempo. Los Abencerrajes se despidieron de sus amigos y de toda la ciudad, y salieron della á mediodía, llevando todo el oro, plata y joyas que tenían. ¿Quién podrá contar la lástima y el dolor con que todos los de la ciudad quedaron, viendo salir desterrados sin culpa á mas de cien Abencerrajes? De antes lloraban á los degollados, ahora lloran á los que desamparan la ciudad; maldecían al rey Chico, y que no se lograse en el reino, maldiciendo á los Zegries, causadores de tantas sediciones, muertes y destierros. Solo se alegraron de la ausencia y destierro

de los Abencerrajes los Zegries, Mazas y Gomeles, y celebraban su contento con el rey Chico, al cual decían mil lisonjas halagüeñas, dándole las gracias por lo que había hecho por darles gusto; y no faltó entre ellos quien dijo: «¿qué es esto, Abdali? ¿Así dejas salir á la flor de los caballeros de Granada? ¿No sabes que todo el comun, y lo mas granado de la ciudad, estaba pendiente de la voluntad destos nobles caballeros? No entiendas que á solos ellos pierdes, sino á otros muchos caballeros de prosapia, nobles y principales, guardadores y defensores de tu reino. Pues yo te certifico, que te ha de pesar muchas veces de los agravios que les has hecho, y los has de echar menos antes de mucho tiempo.» Bien conocía el rey ser notable el agravio que había hecho y hacia á los Abencerrajes; pero teníanle tapados los oídos las sirenas de los Zegries, y no le despertaron los gritos, llantos, alaridos y voces que todos los de la ciudad daban por la ausencia y destierro deste virtuoso linaje.

Así salieron de Granada los Abencerrajes con gran dolor, por ver el sentimiento que aquella ciudad hacia de su ida. Salieron con ellos muchos ciudadanos, diciendo que adonde iban los Abencerrajes habían de ir ellos. Quedó la ciudad tan sola, ausentes estos caballeros, que se parecía muy bien su falta. Echaban menos los caballeros la noble y hermosa compañía, los galanes el dechado de sus galas, los cautivos pobres su remedio, los huérfanos y viudas su amparo. Idos los Abencerrajes, tomó el rey posesion de todos sus bienes, y los mandaba pegaron por traidores, á lo que no dió lugar Muza ni otros caballeros, so pena de volver á la guerra pasada. Y cesando en el rey este propósito, cesó el de los caballeros amigos de los Abencerrajes. Dieron aviso al rey Mulahazén cómo habían salido los Abencerrajes á cumplir su destierro; lo cual sintió mucho, y dijo que él los volvería á Granada á pesar de su hijo y de sus consejeros.

Los Abencerrajes fueron adonde el rey don Fernando estaba, y en su compañía iban Sarracino y Galiana, Reduán y Haja, Abenámbar y Fátima, Zulema y Daraja: todos con muy firme propósito de recibir el bautismo, como lo hicieron. Y llegados á la real presencia del rey don Fernando, fueron dél y de su corte muy bien recibidos, y á otro día fueron bautizados, siendo el rey padrino y la reina madrina, y los casaron segun orden de nuestra santa madre Iglesia á los que eran casados cuando moros: á todas las cuales ceremonias asistió el rey y la reina y todos los grandes, honrándolos; y fueron hechas fiestas y regocijos por todos, y pasadas les fueron asentadas plazas de muy ventajosos sueldos. A las nuevamente bautizadas hizo la reina doña Isabel damas de su estrado. Los caballeros fueron sentados en compañía de don Juan Chacon, señor de Cartagena, y capitán de caballos. Hizo teniente á un caballero Abencerraje, llamado cuando moro Ali Mahomat Barrax, y cristiano, don Pedro Barrax; Sarracino, Reduán y Abenámbar fueron tenientes de capitanes de caballos, como lo fué de don Manuel Ponce de León, Sarracino; de don Alonso de Aguilar, Abenámbar; de don Pedro Portocarrero, Reduán. En las cuales compañías servían con cuidado, y en las ocasiones se echaba de ver el valor de sus personas; donde los dejaremos por acabar el pleito de la reina Sultana.

Habiendo pasado treinta dias mas de los que había el rey concedido á la reina Sultana para que diese quien la defendiera, como no había dado caballeros mandó el rey que la sentenciasen á quemar, porque así lo disponia la ley. A lo que contradijo el valiente Muza diciendo: «que no había podido la reina nombrar caballeros, respecto de las guerras civiles y diferencias que había habido en Granada, y así no se debía ejecutar la sentencia.» A Muza ayudaron todos los principales caballeros de Granada, salvo Zegries, Gomeles y Mazas, por ser de su bando. Los Zegries tuvieron con Muza muchas proposiciones y

respuestas de si se había de ejecutar ó no la sentencia; y vista por el rey la disputa, dió quince dias mas de término á la reina, para que en el espacio dellos señalase caballeros defensores; lo cual fué á mostrar Muza á la reina, por tener él solo licencia de hablar con ella; y entrando halló la Sultana triste por ver su plazo ya cumplido, y por la ausencia de Galiana, aunque tenía consuelo con Celima. Y sentándose Muza junto á la reina, la contó todo lo que había pasado, y cómo la habían dado quince dias mas de término para que nombrase quien la defendiese; que mirase á quién había de señalar, y lo dijese con tiempos antes que se pasase el término.

Sus bellas mejillas regadas con la inundacion que por los hermosos ojos brotaba, dijo la reina: «nunca entendí que durara la terrible obstinacion en el cruel rey, tu hermano y mi marido, y que tuviera ya entera satisfaccion de mi lealtad é inocencia; y respecto de esto no he hecho ninguna diligencia en este caso, por saber de cierto que no he cometido el crimen de que me hace cargo, y por las revueltas y sediciones, bandos y guerras que ha habido; pero ahora que veo que la maldad pasa adelante contra mi casto pecho, yo buscaré quien dé entera satisfaccion de mi honra, y castigo ejemplar á los falsarios. Yo determino de favorecerme de piadosos caballeros cristianos, porque de moros no quiero confiar un caso de tanta importancia; no por la vida, que no la tengo en nada, sino por no dejar tan fea mancha en el honor que con tanta integridad he guardado siempre.» Con estas palabras la reina aumentaba mas su dolorosa pasion y llanto; y era tanto en abundancia, que enternecido el valeroso Muza se le vinieron las lágrimas á los ojos, y esforzándose dijo á la reina: «no derrames esas perlas, bella Sultana; cesen vuestros llantos, que aquí me teneis á vuestro servicio; yo os defenderé, y no morireis aunque sea homicida del rey mi hermano.» Con esto se consoló un poco, y se resolvió de escribir á tierra de cristianos para que viniesen á defenderla algunos caballeros. Celima estaba muy triste por la ausencia de su hermana Galiana, y despidiéndose de la reina se fué y la dejó sola en su retrete; la cual formando querellas de la variable fortuna, se quejaba diciendo:

«Fortuna, que en lo escelso de tu rueda  
Con ilustrada pompa me pusiste!  
¿Por qué de tanta gloria me abatiste?  
Estable te estuvieras, firme y queda,  
Y no abatirme así tan al profundo,  
Adonde fundo  
Dos mil querellas  
A las estrellas,  
Porque en mi daño  
Un mal tamaño  
Con influencia ardiente premio vieron,  
Y en penas muy extrañas me pusieron.  
¿Oh mil veces bien afortunados  
Vosotros, Abencerrajes, que muriendo  
Saltasteis de trabajos, feneciendo  
Los males que os estaban conjurados,  
Y os puso en libertad gloriosa suerte,  
Aunque era fuerte!  
Mas yo, cuitada,  
Aprisionada,  
Con llanto esquivo,  
Muriendo vivo;  
Y no sé el fin que habrá mi triste vida,  
Ni á tantos males cómo habrá salida.  
Naufragios tristes pasa mi ventura;  
En lágrimas se anega mi contento;  
Yo diera ya mi flor, llevóse el viento  
Mi bien, dejándome en gran desventura.  
¿Adónde está lo escelso de mi pompa?  
Bien es que rompa  
Con llanto eterno  
El duro infierno,  
Y favor pida  
Como aliada,  
Diciendo que ya el suelo no me quiere;  
Que se abra, y que me frague, si quisiere.  
Si el vulgo no dijera que mi honra  
De todo punto estaba ya manchada,  
Yo diera con aguda y dura espada  
El postrimero fin á mi deshonra;  
Mas, si me doy la muerte, dirá luego  
El vulgo ciego,  
Que había graú culpa,  
Y no disculpa;  
Pues con mi mano  
Tomé temprano  
La muerte aborrecida y fuerte;  
Y así no sé si viva ó me dé muerte.»

Si del horrendo lazo el negro sino  
De cárdeno color no se estampase,  
De suerte que en el cuello declarase  
La causa de furor tan repentino,  
Yo diera el tierno cuello al lazo estrecho,  
Y muy de hecho,  
La ira temo  
En grande estremo;  
Que de otra suerte  
Aquella muerte  
Ya fuera por mi mal bien escogida,  
Si muriendo quedara yo sin vida.  
Dichosa tú, Cleopatra, que tuviste  
Quien del florido campo te trajera  
La causa de tu fin, sin que supiera  
Ninguno por cuál modo feneciste:  
Apenas se hallaron las señales,  
Ya funerales,  
Del ponzoñoso  
Aspid piadoso,  
Que con dulzura  
En la blancura  
De tu hermoso brazo fué obrando  
Con venenoso diente, tierno y blando.  
Y si de cautiverio y servidumbre,  
Ilustra reina, fuiste libertada,  
Y á la soberbia Roma no llevada  
En triunfo como era de costumbre;  
Yo, cuitada, que muero sin remedio,  
Por no haber medio,  
Cual tú le hubiste  
Gran mal me embiste;  
Y mi enemigo  
Hará conmigo  
Un triunfo desigual á mi limpieza.  
Pues se le entregó al fuego mi nobleza,  
Mas aunque falle el aspid á mi medio,  
Yo romperé mis venas, y la sangre  
Haré que en abundancia se desangre,  
De suerte que el morir me sea remedio;  
Y así el Zegri sangriento que levanta  
Con furia tanta  
El mal horrible,  
Y tan terrible  
En daño mio,  
En Dios confío  
Que no triunfe de mí en aqueste hecho,  
Pues no verá partirme el duro pecho.

Estas y otras lastimosas cosas decía la afligida Sultana con intento de romper sus transparentes venas para desangrarse; y resuelta en darse este género de muerte, llamó á Celima y á una doncella cristiana, llamada Esperanza de Hita, que la servía, la cual era natural de la villa de Mula, y llevándola su padre y cuatro hermanos á Lorca á desposarla, fueron salteados de moros de Tirieza y Jaquena, y defendiéndose los cristianos, mataron mas de diez y seis moros; y siendo mortalmente heridos los cristianos, cayeron muertos los caballeros. La doncella fué cautiva y presentada al rey, y él la dió á la reina por ser hermosa y discreta. Venidas Celima y Esperanza al llamado de la reina, les dijo: «Celima bella, discreta Esperanza, aunque tu buen nombre no me la da en mi pena, ya sabes la injusta prision mia, y cómo se ha pasado el término en que habia de dar caballeros que me defendieran; aunque respecto de estas guerras que ha habido, me ha dado el rey quince dias de término mas, cuando entendi que estaba arrepentido en su yerro, y seguro de mi castidad. El tiempo es breve, y no sé á quién encargue este negocio. Sabed que tengo acordado de darme yo misma la muerte, y será abriéndome las venas de los brazos, y que vayan destilando la sangre que me alimenta. Elijo esta muerte, porque los traidores Zegries y Gomeles no me vean morir: solo una cosa os ruego, por ser lo último y postrero, y es que al punto que acabe de espirar (tú, Celima, sabes dónde entierran los cuerpos reales) abrais los antiguos sepulcros, y allí pongais mi cuerpo, aunque desdichado; y tornando á poner las losas como de antes estaban, me dejéis, callando el secreto, el cual encargo á las dos; y á tí, Esperanza, te dejo libre, que eres mia: tomarás mis joyas para tu casamiento, y cástate con quien te estime, y escarmentad con esta desdichada reina. Lo que os he rogado os vuelvo á pedir de nuevo, y no me falteis en nada, porque con eso moriré contenta.»

Y no cesando de llorar tomó un cuchillo de su estuche, y alzándose la manga de la camisa se iba á herir; mas Esperanza de Hita la tuvo el brazo llorando amargamente, y con amorosas y blandas palabras la consoló con las razones siguientes:

«Hermosísima Sultana, no te afijas,  
Ni á las lágrimas des tus lindos ojos,  
Y pon en Dios inmenso tu esperanza,  
Y en su bendita Madre, y de esta suerte  
Saldrás con vida, junto con victoria,  
Y á tu enemigo acerbo en este instante  
Verás atropellado duramente.  
Y para que esto venga en cumplimiento,  
Y en tu favor respire el alto cielo,  
Pon toda tu esperanza con fe viva  
En la que por misterio muy divino  
Fué madre del que hizo cielo y tierra;  
El cual es Dios inmenso y poderoso,  
Y por misterio alto y sacrosanto  
En ella fué encarnado, sin romperse  
Aquella intacta y virgen carne santa.  
Quedó la infanta virgen y doncella  
Antes del sacro parto, y en el parto,  
Y también después de él virgen muy pura.  
Nació de ella hecho hombre, por reparo  
De aquel pecado acerbo, que el primero  
Padre que tuvimos cometiera;  
Nació de aquella virgen, como digo;  
Después en una cruz pagó la ofrenda  
Que al mas inmenso padre se debía;  
Allí en todo rigor la fué ganando,  
Por darle al pecador eterna gloria.  
En esta Virgen pues, reina y señora,  
Ahora te encomienda en este trance,  
Y tenta desde hoy por abogada,  
Y tórnate cristiana; y te prometo,  
Que si con devoción tú la llamas,  
Que en limpio sacará esta tu causa.  
La reina estuvo á todo muy atenta,  
Y llena de consuelo halló en su alma  
Con las palabras dulces y discretas  
Que la Esperanza dice, y consolada,  
Habiendo en su memoria ya revuelto  
Aquel alto misterio de la Virgen;  
Teniendo ya impreso alta en su idea,  
Que gran bien le sería ser cristiana,  
Poniendo en las reales y virgineas  
Manos sus trabajos, tan inmensos;  
Y así, abrazando á su Esperanza, dijo:  
«Han sido, mi Esperanza, tus razones  
Tan vivas y tan altas, que en un punto  
Con penetrante fuego han allegado  
A lo que muy mas íntimo tenía  
Allá en mi corazón, y mas secreto,  
Y con afecto grande se han impreso  
Tanto, que yo querría que ya fuese  
Llegado el feliz punto, tan dichoso,  
En que cristiana fuese; y te prometo  
Tener por abogada á la que Madre  
De Dios inmenso fué por gran misterio.  
Y así lo creo yo, como tú dices,  
Y á ella me encomiendo ya, y ofrezco  
En sus benditas manos mis angustias  
Con esperanza viva de remedio:  
La pongo desde hoy, y en Dios confío  
Por su bondad inmensa, que me saque  
De tan terribles males á buen puerto.»

Atenta estuvo á todas estas cosas Celima, y enternecida en lágrimas viendo así llorar á la reina, y determinada de seguir los mismos motivos y de tornarse cristiana, con amorosas palabras dijo á la reina: «no imagines, hermosa Sultana, que aunque tú te vuelvas cristiana, yo dejaré de seguir tu compañía, para que de mí sea lo que de tí fuere: yo también quiero ser cristiana, porque entiendo que la fe de los cristianos es mucho mejor que la mala secta que hasta ahora hemos guardado del falso Mahoma. Y pues todas estamos en un mismo parecer, si se ofreciere moriremos por Jesucristo, y conseguiremos vida eterna.» La reina escuchaba con el entrañable amor que decía aquellas palabras Celima, y echándola los brazos, la abrazó, y dijo á Esperanza: «ya que habemos acordado de ser cristianas, ¿qué haremos para salir de aquí? Aunque mi salida quisiera que fuera para recibir martirio por Cristo, y ser bautizada con mi misma sangre.» Á lo cual respondió Esperanza: «visto, señora, tu buen propósito, te daré buen consejo para que quedes libre desta falsedad que te levantan. Sabrás, reina y señora, que sirve al rey don Fernando un caballero, que se llama don Juan Chacon, señor de Cartagena, el cual está casado con doña Luisa Fajardo, hija de don Pedro Fajardo, adelantado y capitán general del reino de Murcia: es muy valiente el don Juan Chacon, y muy amigo de hacer bien á todos los que poco pueden. Escribele, señora; que yo sé que si le pides su favor, que no te le negará, porque es muy piadoso, y luego buscará amigos que vengan con él á librar-te, y entiendo que cuando ninguno le quiera acompañar, que él solo vendrá; porque te certifico que es de esfuerzo estremado, y dará fin á tanta desventura como tienes, y nos aliviará en nuestra gran pena, causada de la tuya y

de tu cruel prision.—Pues tan buen consejo me diste, dijo la reina, para lo mas importante, que no fué de menos que ganar un alma perdida, no dejaré de tomar tu consejo, que es para lo menos, por ser libertad del cuerpo, y al momento me pondré á escribir á este caballero; y dándole recado escribió una carta á don Juan Chacon, que decía así:

«La infeliz y desdichada Sultana, reina de Granada, del antiguo y claro Moraizél hija; á tí, don Juan Chacon, señor de Cartagena, salud para que con ella, ayudado de Dios nuestro Señor, y de su santísima Madre, puedas darme el favor que mi gran necesidad te pide, en la cual muy grandemente estoy puesta por un testimonio que me han levantado unos traidores caballeros, que son Zegries y Gomeles, diciendo que violó con varon ajeno el aposento real de mi marido, y que delinqué con un noble caballero llamado Albin Hamete, Abencerraje; lo cual ha sido causa é instrumento para que los caballeros Abencerrajes fuesen degollados sin tener culpa; y no obstante esto, haber por ello en aquesta desdichada ciudad guerras civiles, de las cuales se han seguido muchas muertes de caballeros, y lo que mas siento es, que haya puesto dolo en mi honra, tan sin culpa, y que, si en espacio de quince dias no doy quien defienda mi honor, se ha de ejecutar en mí la sentencia, que es á morir quemada; y avisándome una cautiva cristiana de tu valor, esfuerzo, piedad, virtud y bondad, acordé de favorecerte de tí, pues eres padre de necesitados y vengador de agravios. Mi necesidad es grande, pues soy mujer sola, desconsolada y triste; mi agravio es el mayor que en el mundo se ha hecho, pues se han atrevido traidores á poner mácula en mí, y á levantarme tal testimonio; lo que jamás imaginé. Yo estoy afrentada, y en el peligro dicho: si no me socorreis soy perdida. No me neguéis vuestro favor, pues encomiendo en vuestras manos mi honra; y si por ser yo infiel no me quereis favorecer, considerareis que no lo soy, sino que creo en Dios todopoderoso, y en la virgen santa Maria, su madre, en quien confío me alcanzareis gloriosa victoria de mis enemigos, con la cual quedará libre mi honra, y se sabrá la verdad cierta; y confío que os dolereis desta desconsolada reina: no mas. De Granada etc. —Sultana, reina de Granada.»

Acabada de escribir la carta, se la leyó la reina á Celima y á Esperanza, de que se holgaron mucho viendo su buen parecer; y cerrada y sellada, y puesto el sobrescrito enviaron á llamar á Muza; y venido, le rogó la reina y Celima que enviase con un mensajero fiel aquella carta, y Muza lo prometió así; y aquel día despachó con la carta un hombre de confianza; y llegando á la corte dió la carta á don Juan Chacon, y leida respondió á la reina Sultana, consolándola con palabras muy eficaces en una carta del tenor siguiente:

«A tí, Sultana, reina de Granada, salud para que yo pueda besar tus reales manos, por la singular merced que me haces en querer servirte deste tu humilde siervo para un negocio tan arduo y de tanta gravedad. Muchos y muy principales caballeros hay en esta corte á quien pudieras mandar lo que á mí; y pues lo mandas, obedezco, y acepto lo que me pides, confiando en Dios y en su bendita Madre, y en tu inocencia; y así digo, que el último dia del plazo partiremos á servirte yo y tres caballeros amigos, y no habrá falta: encomiéndate á Dios, el cual te guarde y defienda. De Talavera etc. —Don Juan Chacon.»

La carta escrita la cerró y selló con su sello, lazos, flor de lis, blason de sus antepasados; y dándola al mensajero, le envió; y llegado á Granada le dió la carta á Muza, y él la llevó á la reina; y habiéndola hablado, y á Celima su señora, se despidió, y en saliendo Muza, abrió la reina la carta y la leyó, presentes Celima y Esperanza de Hita, quedando con mucho contento y consuelo, y aguardando el dia de la batalla.

A esta coyuntura se sabia por toda Granada cómo los caballeros Abencerrajes se habian vuelto cristianos, y Abenamar, Sarracino y Reduán, de que no poco temor tuvo el rey Chico, y los mandó pregonar por traidores, insistido de los Zegries y Gomeles. A lo cual no quisieron resistir ni contradecir los linajes de los Alabeces, Aldoradines, Gazules y Venegas, y todos los de su parte, por no mover nuevos escándalos; y también porque tenían esperanza que presto volverían á tomar posesion en todos los bienes de que se habia entregado el rey chico, y porque no les correspondia aquel pregon, por ser ya cristianos, y porque era notoria la pasion y odio que tenía á estos virtuosos y nobles caballeros Abencerrajes: en donde los dejaremos por hablar de don Juan Chacon, el cual, habiendo despachado el mensajero de la reina, se puso á considerar á qué caballeros hablaria para llevar á la defensa de la reina, que fuesen de confianza para la satisfaccion de aquel caso; y por otra via se determinaba á emprender aquel hecho él solo; y sin duda saliera con su intencion, por ser de corazón animoso y valiente por estremo. Tenía grandísima fuerza, y tanta, que de una cuchillada cortaba todo el pescuezo á un toro.

Sucedió pues, que no apartando de su memoria el cuidado de la reina y la palabra dada, un dia se juntó con otros caballeros muy principales y muy estimados; el uno era don Manuel Ponce de Leon, duque de Arcos, descendiente de los reyes de Jérica, y señores de la casa de Villagrancia, salidos de la real casa de los reyes de Francia, y á quienes, por señalados hechos que hicieron, les dieron los reyes de Aragon por armas las barras de Aragon, rojas, de color de sangre en campo de oro, y al lado dellas un leon rapante en campo blanco; armas muy acostumbradas del famoso Hector troyano, antecesor suyo, como dicen las crónicas francesas. El otro caballero era don Alonso de Aguilar, gran soldado, belicoso y de muchas fuerzas, y de animoso corazón, amigo de batallar con los moros; y de tanta perseverancia que tuvo en esto, vino luego á morir á manos de los moros, mostrando el valor de su persona, como adelante se dirá. El tercero era don Diego de Córdoba, varon de gran fortaleza, amiguísimo del militar ejercicio; y tanto que decía, que estimaba mas á un buen soldado que á todo su estado; y que merecía comer con el rey, y decir que era tan bueno como él.

Finalmente, el alcaide de los Donceles, don Manuel Ponce de Leon, don Alonso de Aguilar, y don Juan Chacon estaban en conversacion tratando del reino de Granada, y de la muerte de los Abencerrajes tan sin culpa, y de la injusta prision de la reina Sultana, y en el estado que la tenía su marido el rey Chico, porque de todo habian informado los caballeros nuevamente convertidos. Y tratando del miserable estado en que la reina estaba por un testimonio, dijo don Manuel Ponce: «si fuera lícito, de buena gana fuera yo el primero en defender á la necesitada reina.—Yo el segundo, dijo don Alonso de Aguilar, porque estoy condolido de su desgraciada suerte, y al fin es agravio feo en mujer noble.—El alcaide de los Donceles dijo: «pues yo fuera el tercero, porque considero la afliccion en que estará puesta; y aunque es mora debemos los caballeros deshacer agravios hechos á personas de tal calidad, y nunca los cristianos perdemos la buena obra que hacemos.—Sepamos, señores, dijo don Juan Chacon, qué cosa incierta hallais para que la reina no sea favorecida en este caso.—Dos cosas lo impiden, dijo don Manuel: la una ser mora Sultana, aunque no hago mucho reparo en esto; la otra, porque no podemos ir sin licencia del rey nuestro señor.» Dijo el alcaide de los Donceles: «eso es lo menos, porque sin ella podemos ir de secreto. Pregunta, dijo don Juan Chacon: si la reina Sultana escribiera á uno de los que

estamos aquí, pidiendo favor y ayuda en una necesidad como la que tiene, y que quiere ser cristiana, aunque aventure la vida, ¿dejaría de ir á la batalla?» Respondieron todos, que mil vidas que cada uno tuviera las emplearía en un caso tan honroso.»

Muy alegre con la respuesta metió la mano en el pecho don Juan Chacon, y sacó la carta diciendo: «por esa veis cómo me hace cargo la reina de la satisfacción de su honor, y me pesa de que en particular me señale, habiendo en esta corte tanta flor de caballeros. Avisé de ir con otros tres caballeros si los hallo, y si no, iré solo á tener batalla con los cuatro moros, que yo confío en Dios y en la inocencia de la reina, que alcanzaré victoria; y si la fortuna me fuere adversa y muriere en la batalla, yo la tendré por dichosa muerte.» Habiendo leído la carta de la Sultana los tres caballeros, y viendo cómo decia en ella que quería ser cristiana, y de la deliberada determinación del señor de Cartagena, dijeron que ellos le acompañarían en aquella ocasión; y así ordenaron de partirse sin licencia del rey, y sin dar cuenta á nadie. El andaluz, astuto guerrero, alcaide de los Donceles, dijo que sería bien que fuesen en traje turquesco, porque en Granada no fuesen conocidos de algunas personas, especialmente de los cautivos. Todos dijeron que era acertado aquel parecer; y así aderezaron ricas libreas á lo turco, y previniéndose de armas y caballos, y de todo lo necesario para su viaje, partieron de Talavera sin escuderos por ir mas encubiertos; dejaron dicho en sus posadas que iban á montería.

En todo el camino no entraron en poblado: en campaña dormían, y en las ventas compraban su menester; y así llegaron á la Vega dos días antes que se cumpliera el plazo, y entraron en el Soto de Roma, donde con quietud descansaron todo un día, y estuvieron la noche á orillas del fresco Jenil; y la mayor parte della trataron del orden que habian de tener para conseguir el efecto de aquella batalla. Venida la mañana, alegres se alistaron para ir á Granada, y se pusieron sobre las fuertes armas las vestiduras turquescas; y subiendo en sus caballos salieron á lo raso de la Vega, por donde se iban poco á poco acercando á Granada, mirando á todas partes, y alegrándose su muy hermosa vista y la diversidad de riberas, huertas, cármenes y jardines, que les parecia un paraíso terrenal. Y no se admire el lector del encarecimiento, porque puede creer que no hay maceta de claveles, ni de albahaca regalada ni cultivada en casa de los señores, como los moros tenían cada palmo de tierra, aun en los cerros, como hoy día aparecen muchas ruinas, y así les producía la tierra que era maravilla; y puede considerarse su mucha fertilidad, porque un año antes que se ganara Granada, sustentaba ciento y ochenta mil hombres de pelea, sin viejos, niños y mujeres.

Yendo pues los famosos caballeros á Granada, atravesando por la Vega, dieron en el camino de Loja, por el cual vieron venir muy apriesa á un caballero moro, que parecia ser de valor por su buen talle y librea. Era la marlota de damasco verde con muchos tejidos de oro, y plumas verdes, blancas y azules. En medio de la adarga blanca estaba pintada un ave fenix, puesta sobre unas llamas de fuego, y una letra en círculo que decia: *segundo no se halla*. El caballo era bayo, cabos negros, y en la gruesa lanza puesto un pendoncillo verde y rojo. Parecia tan bien el moro, que dió grandísimo contento su vista á los caballeros, y le aguardaron á que llegase, y en llegando les saludó en arábigo, y el alcaide de los Donceles le respondió en el mismo lenguaje. El moro detuvo su priesa, y mirando la buena postura y talle de los cuatro caballeros, les dijo así: «aunque la priesa que llevo es grande, y la gravedad de mi cuidado no requiere dilación, el deseo de saber, si gustais de decir quién sois, me obliga á detener las riendas, porque caballeros como vosotros son muy peregrinos en esta tierra, y no solemos ver se-

mejantes galas sino es en caballeros ó embajadores que vienen de la parte del mar Libico á tratar algo con el rey de Granada, aunque es verdad que no traen el apercebimiento de armas que parece teneis debajo de las marlotas, ni caballos tan lijeros de guerra; y si gustais de que vamos juntos, seré contento en llevar tan buena compañía, y no me negueis quién sois, por lo que debeis á la ley de caballeros.»

Don Juan Chacon le respondió en turquesco, que eran de Constantinopla. Pero el deseoso moro no le entendió, y así dijo: «no entiendo esa lengua, hablad en arábigo, pues sabeis.» Entonces respondió el alcaide de los Donceles en algarabía: «nosotros somos de Constantinopla, de nación jenízaros, y tenemos sueldo del Gran Señor cuatrocientos de nosotros que estamos de guarnición en Mostagán; y como tenemos noticia de que en estas fronteras hay muchos cristianos de admirables fuerzas, venimos con intencion de probar las vuestras con las suyas, aunque nos han certificado de que recibis notables daños cada día dellos. Desembarcamos en Adra, y andamos mirando esta vega, que es la mejor que hay en el mundo, á nuestro parecer; y entendiendo de hallar algunos cristianos para escaramucear con ellos, no hemos topado ninguno; y así vamos á ver la nombrada y gran ciudad de Granada, y besaremos las manos al rey, y luego nos volveremos á embarcar en nuestra fragata, y nos iremos la vuelta de Mostagán; ésta es la verdad de lo que habeis preguntado. Y pues ya habeis satisfecho vuestro gusto, nos le dareis en decirnos quién sois, que no menos deseo tenemos de saberlo, que el que vos manifestasteis tener de saberlo de nosotros.—A mí me place, dijo el moro, de daros cuenta de lo que me pedis; pero caminemos, y en el camino os daré larga cuenta de lo que deseais saber.»

«Vamos, dijo don Alonso de Aguilar; y diciendo esto caminaron muy apriesa, y el enamorado Gazul comenzó á contar su historia en esta manera: «sabeis, señores caballeros, que á mí me llaman Mahomad Gazul, que soy natural de Granada, y vengo de Sanlúcar porque allí está la prenda mas querida y mas amada que tengo en esta vida; mi hermosa dama, llamada Lindaraja, del linaje de los nobles caballeros Abencerrajes. Ausentóse de Granada respecto á que el rey della mandó que saliesen desterrados los Abencerrajes, sin culpa, habiendo ya degollado á treinta y seis caballeros dellos, que eran la flor de todo el reino. Esta fué la causa que movió á mi señora á salir de Granada, y se fué á Sanlúcar en casa de un tío suyo, y yo la acompañé. Con la vista de mi señora vivía contento, y ahora no lo estoy. Supe en Sanlúcar cómo los Abencerrajes se habian tornado cristianos, y servían al rey don Fernando, y que en Granada había grandes alborotos y guerras civiles, y la reina Sultana estaba presa en juicio de batalla; y como soy de su parte y todos los de mi linaje, vengo para ser uno de los cuatro caballeros que han de defender á la reina, siendo hoy el postrero día del plazo; y por tanto demos priesa, porque no llegue yo tarde, y con esto he cumplido mi promesa, y os he dicho el hecho de la verdad.—Por cierto, señor caballero, dijo don Manuel Ponce, que nos habeis admirado, y á fe de caballero, que me holgaria que la señora reina quisiese que nosotros cuatro fuésemos señalados para su defensa, que por su Alteza hiciéramos todo lo posible hasta perder las vidas.—Pluguiese al santo Alá que en vuestros brazos poderosos pusiera la restitucion de su honra la reina, que bien entiendo que estaba segura la victoria, y tengo de hacer las diligencias posibles para que os señalen, aunque he oido que no quiere encomendar la reina su causa á moros, sino á cristianos.—Cuando eso sea, dijo don Manuel Ponce, no somos moros sino turcos, de nacion jenízaros, hijos de cristianos.—No decís mal, respondió Gazul, que por esta vía sería

posible que la reina os escogiese para su defensa.—Dejando esto aparte, dijo don Juan Chacon, señor Gazul, ¿qué caballeros cristianos son los de mas fama, y que mas daño hacen en este reino?» Respondió Gazul: «los que nos corren la Vega muy á menudo, y á quien temen los fronterizos desta comarca, son don Manuel Ponce de Leon, y á don Alonso de Aguilar, y á Gonzalo Fernandez de Córdoba, alcaide de los Donceles, y á Portocarrero, y á don Juan Chacon, y al gran maestro. Estos caballeros son asombro desta tierra, y sin aquestos hay otros muchos caballeros en la corte del rey don Fernando, que nos destruyen por momentos.—Mucho nos holgáramos de vernos con esos caballeros, dijo don Alonso de Aguilar.—Pues á ley de moro hijo-dalgo, respondió Gazul, que habeis de hallar un Marte en cada uno de los ya nombrados, y en Granada os contaré cosas que han hecho, que os pongan espanto.—Mucho nos alegraremos de oírlas, por tener que contar en nuestra tierra,» dijo don Manuel, y caminaron apriesa. Dejáramos hasta su tiempo, por tratar lo que pasaba en la ciudad de Granada á esta sazón.

## CAPITULO XV.

En que se da cuenta de la batalla que se hizo entre los cuatro caballeros cristianos y los cuatro moros sobre la libertad de la reina, y cómo vencieron los cristianos y mataron á los moros, y cómo la reina fué libre, y de otras cosas mas.

Con grande tristeza estaba la noble ciudadana gente de Granada, porque se habia cumplido el término á la reina Sultana; y sentian mas la pena, porque no habia señalado quien hiciese la batalla contra los acusadores; y así muchos caballeros fueron á suplicar al rey, que la volviese en su gracia, pues estaba sin culpa, y se echaba de ver su inocencia en que, en los términos que se le habian dado, no habia señalado caballeros que volbiesen por ella, y que no diese crédito á los Zegries; pero no aprovechaban sus ruegos, porque estaba pertinaz, inducido de los falsos acusadores Zegries para que su mentira fuese adelante; y así daba por respuesta, que de no dar defensores aquel día, que al siguiente se ejecutaria la sentencia de la reina; y mandó que se hiciese en la plaza de Vivarambla un teatro, donde estuviere la reina y los jueces que habian de determinar su causa: los cuales fueron Muza, y un Azarque, y otro Almoradí; y deseaban buen suceso en aquel caso, y tenían presupuesto de hacer por la reina todo lo que pudieran. El tablado fué todo enlutado, y los jueces subieron al Alhambra para traer á la reina á la plaza, al sitio de la lid, y con ellos fueron muchos caballeros para venir acompañando á la reina.

Los Almoradí, Almohades, Aldoradíes, Gazules, Venegas, Alabeces y Marines querian quitar á la reina, y darle de puñaladas al rey y quemarle la casa; pero fueron aconsejados que no hiciesen tal, porque aunque salvaran la vida á la reina, su honra quedaba manchada y oscurecida, y era argumento de verificación; porque, diria el vulgo loco, que porque estaba culpada, y saber de cierto que la habian de condenar á muerte, no consintieron que se hiciese batalla, y era en favor de los acusadores haciendo su mentira verdad. Fué muy eficaz esta razon para que desistiesen de su propósito, confiando en que la bondad y sencillez de la reina la habian de librar. Pues entrando los jueces en el Alhambra no los dejaba pasar adelante el rey Mulahazén, diciendo que no habian de llevar á la reina para ponerla en acusacion. Muza y los demás caballeros le dijeron, que era conveniente al honor de la reina poner su causa en juicio, porque por aquella vía quedaba su honor limpio; y de no dar licencia que la llevasen, quedaria probada la causa, y los Zegries con su intencion. El rey preguntó si tenia la reina caballeros que la defendiesen; Muza dijo que sí, y que cuando no los hubiera, él mismo en persona haria la injusta batalla. Con esto dió licencia para que entrasen; y así Muza y los dos jueces entraron, que-

dando todos los demás fuera del Alhambra; y llegando Muza adonde estaba la reina, la halló hablando con Celima sin ninguna pena de lo que aguardaba, que bien sabia que no tenia mas de aquel día de plazo; pero confiada en don Juan Chacon, estaba sin ninguna congoja, y también porque, si no venia don Juan Chacon y ella fuese sentenciada á muerte, en morir cristiana llevaria mucho gozo, porque empezaria á vivir para siempre, y con esto estaba la mas alegre y contenta que se podia imaginar.

Mas así como vió á Muza acompañado de aquellos caballeros que con él venian, luego presumió á qué era su venida, con la cual sintió alguna turbacion y pesadumbre, y con ánimo varonil hizo en esto la resistencia que pudo porque no se entendiera su flaqueza. Muza y los caballeros, así como vieron á la reina y á Celima, hicieron el debido acatamiento, y dijo Muza: «grande ha sido el descuido que vuestra Alteza ha tenido en nombrar caballeros, siendo hoy el último día que teneis de plazo: ¿qué determinais?—No tengais pena, dijo la reina, que yo confío en Dios que hoy se ha de saber la verdad de mi sincero pecho, y que no han de salir con su mala intencion los falsos acusadores, y que tengo de triunfar dellos; y cuando Dios se sirva que por mis pecados sean vencidos mis defensores, y en mi sea ejecutada la sentencia que contra mí se ha pronunciado, yo partiré contenta desta vida mortal para gozar de la eterna.» Muza no entendió el secreto de las palabras, y así dijo: «yo he querido que siga aqueste juicio de vuestra Alteza por justicia, por causa de algunas presunciones de gente ignorante y de poca esperiencia, aunque debeis mucho á todos; porque cada uno siente vuestra pena como si fuera suya propia, y porque se acrisole y apure mas el oro de vuestra castidad, y porque sean castigados los traidores que la han deslustrado. Así, señora, sabed que venimos por vuestra Alteza estos caballeros y yo, que somos jueces de vuestra causa, y todos siervos vuestros, y haremos lo que debemos. Podreis luego señalar caballeros, que cien mil hay que os desean servir en esta ocasión tan honrosa. Vuestra Alteza venga á la plaza y Celima también, porque haya buen suceso.—Vamos, dijo la reina, y venga conmigo Esperanza, que es mucho el amor que la tengo, y ha sentido mucho mi afrentosa prision y tristeza, y será bien goce del contento, como confío en el poderoso Dios que nos le ha de dar con el triunfo de la victoria;» y diciendo esto se entraron todas en el retrete y se vistieron de negro; y en saliendo del aposento dijo la angustiada reina al valeroso Muza: «mucho contento recibiré en que, si mi desdicha fuere tanta que mis valedores sean vencidos, todo lo que hay mio en este aposento se le dé á Esperanza, y libertad, porque esta es mi última voluntad por lo bien que me ha servido.»

No pudo sufrir la reina las lágrimas, diciendo estas palabras; y lloraba con tanta tristeza y dolor de su afecto, que movió los varoniles pechos á acompañar su llanto; y dándole Muza la mano salieron fuera del Alhambra adonde estaba una litera, y entraron dentro della la reina, Celima y Esperanza. Allí estaban para ir la acompañando, vestidos de luto, muchos caballeros de los Alabeces, Gazules, Aldoradíes, Venegas, Almohades, Marines y otros muchos linajes, y debajo de las marlotas y albornoces negros llevaban muy fuertes armas, con intento de romper aquel día con los Zegries, Gomeles y Mazas, por si fuese necesario; y si no fuera por la honra de la reina, sin duda aquel día se perdiera Granada. Y así, recelosos los Zegries, Gomeles, Mazas y los de su bando, llevaban armas fuertes debajo de sus marlotas y alquifas, por si sus contrarios les quisiesen acometer. No se vió jamás Granada en sus guerras y trabajos tan á pique de perderse como aqueste día; pero quiso Dios que sin escándalos ni guerras se acabase aquel negocio. En llegando á la calle de los Gomeles, salían á los balcones y ventanas dueñas y doncellas llorando